

# **CONTROVERSIA**



**LAS COMUNIDADES ACADÉMICAS\*****Jorge Aurelio Díaz***Universidad Nacional de Colombia*

Agradezco el honor que se me ha hecho al haber sido invitado a presentarles algunas consideraciones sobre los Programas de Maestría en Ciencias Humanas que ofrecen las diversas universidades del país. Mi propósito no es otro que someter a su consideración mis reflexiones al respecto, con el fin de que sirvan de punto de partida para una fructuosa discusión.

Voy a centrar mi exposición sobre un tema que considero fundamental a la hora de reflexionar sobre el sentido y los propósitos que deben tener los diversos programas de Maestría, sobre todo en el ámbito de las ciencias humanas: *la creación de verdaderas comunidades académicas*. Porque todos sabemos muy bien que el propósito central de estos programas de postgrado no es otro que “dotar a las personas de los instrumentos básicos que las habiliten como investigadoras en un área específica de las ciencias..., o que les permitan profundizar teórica y conceptualmente en un campo de la filosofía, de las humanidades o de las letras”, tal como reza el artículo 12 de la Ley 30 de 1992. Ahora bien, la investigación y la profundización en las diversas áreas del conocimiento y, en particular, en las ciencias humanas, no puede lograrse hoy sino en el seno de comunidades que permitan un intercambio de saberes, establezcan los criterios para evaluar la calidad de la producción intelectual y premien con el reconocimiento la labor de quienes logren destacarse.

Ya en diversas ocasiones se ha hecho notar que en Colombia una de las debilidades de nuestra vida intelectual es la falta de esas comunidades, de modo que nuestra producción intelectual ha sido obra de personalidades aisladas. Ahora bien ¿qué es una comunidad académica y cómo se logra su establecimiento y desarrollo? Digamos que una comunidad académica está constituida por un número significativo de personas calificadas intelectualmente, que llevan adelante labores de investigación y docencia, y que mantienen entre sí canales de comunicación que les permiten intercambiar conocimientos y controlar el valor de los mismos. Solamente una comunidad así está en condiciones de establecer criterios eficientes de calificación y controles efectivos de calidad.

Pero si en todos los ámbitos de la investigación estas comunidades resultan indispensables, creo que en las áreas de las ciencias humanas lo son, aún más, cuando se trata de establecer criterios objetivos para evaluar la calidad de la producción intelectual. Porque nuestra producción de índole, sobre todo cualitativa, presenta mayor dificultad a la hora de ser evaluada.

Y no me cabe la menor duda de que en la creación y consolidación de tales comunidades los Programas de Maestría, como semilleros donde se preparan los futuros investigadores, están llamados a asumir un papel insustituible. Ahora bien, es necesario que se cumplan algunas condiciones indispensables para que ese objetivo pueda lograrse de manera efectiva.

*En primer lugar*, las personas que participan en los Programas de maestría en ciencias humanas tienen que llegar a adquirir un *verdadero dominio del lenguaje escrito*, ya que las deficiencias en este sentido son realmente deplorables. Sin el manejo de una escritura correcta y lógica es imposible abrir los canales para una suficiente comunicación

científica. Esto podría parecer una consideración inoportuna, propia más bien para un nivel de pregrado. Sin embargo, no lo creo así. Es necesario exigirles a profesores y estudiantes que pongan el mayor empeño en la expresión escrita de sus ideas, en la corrección gramatical, en la puntuación, en fin, que tomen conciencia de las inmensas dificultades que presenta la comunicación escrita, y de la necesidad de utilizar con mayor eficiencia los escasos recursos comunicativos de que ella dispone.

Por lo demás, no resulta posible creer que quien no posee un dominio suficiente del lenguaje pueda alcanzar una comprensión profunda de las ideas que en él se expresan. No está en condiciones de pensar con claridad quien no domina el arte de expresarse con corrección.

*En segundo lugar*, es necesario que los egresados de nuestros programas de postgrado adquieran *una mentalidad productora*. Según la tradición, la enseñanza ha venido orientándose, sobre todo hacia la apropiación de conocimientos, más que hacia la producción de los mismos. Pero si esta actitud debe ser modificada ya en el pregrado, cuando se trata de aprender a investigar es necesario asumir una postura todavía más activa con respecto a la labor intelectual: persona que ingresa a un programa de maestría ya no puede comportarse como un simple estudiante, sino que debe tomar ante sus profesores la actitud de un joven colega que inicia su carrera profesional, y ellos deberán tratarlo en igual forma. Quien toma parte en un postgrado debe tener conciencia de que su objetivo es aprender a producir conocimiento, a comunicarlo y a someterlo a la crítica de sus iguales. Los seminarios están llamados precisamente a ofrecer a los participantes la oportunidad de exponer y confrontar sus ideas, de modo que aprendan las reglas de una verdadera discusión intelectual.

Ahora bien, aunque los profesores universitarios suelen ser contratados más con un propósito docente que de investigación, quienes toman parte en los programas de maestría deben comportarse como investigadores, cuya principal labor es producir conocimiento. Si ellos no tienen la mentalidad de productores intelectuales no será posible que se la transmitan a sus alumnos. Porque, cuando se habla de aprender a investigar y profundizar se está pensando en la preparación de personas capaces de generar nuevas ideas y de potenciar las existentes, de críticos que sepan evaluar con claridad el aporte de sus colegas, en fin, de personas que estén en condiciones de tomar parte activa en el diálogo entre quienes producen conocimiento, tanto en el ámbito nacional como en el internacional.

*Un tercer punto* indispensable para la creación de verdaderas comunidades académicas es que quienes formamos parte de las mismas hagamos un esfuerzo honesto para *conocer la producción de unos tres colegas nacionales y evaluarla con objetividad*. Porque no basta con que fomentemos la producción intelectual si no creamos, a la vez, los mecanismos eficientes para el control de su calidad. Tenemos que comenzar por aprender y criticarnos con generosa intransigencia. Resulta en realidad desconcertante que en Colombia se hayan publicado, en los últimos años, no pocas obras significativas en diversas áreas del conocimiento sin que hayan merecido la atención crítica de los colegas. Los participantes en los postgrados deben ser orientados para que conozcan la producción nacional en sus respectivas áreas y la analicen de manera crítica y honesta, de modo que las maestrías se conviertan en espacios donde se evalúe nuestra producción académica, en verdaderos foros de discusión donde se debatan las ideas, y se dejen a un lado las inevitables rencillas personales.

En este mismo orden de ideas es necesario, como cuarto punto que los estudiantes de las maestrías sean incentivados para que pasen, de una educación basada

exclusivamente en los libros, a una educación donde las revistas especializadas adquieran un papel importante. No se trata, por supuesto, de estar a la última moda. Pero quienes investigan y profundizan deben conocer lo que están produciendo otros colegas que trabajan en los mismos temas, así como estar al tanto de lo que se discute al respecto en el ámbito internacional. Y esto se logra, sobre todo, con la lectura de las revistas de la especialidad. Por tanto, hay que conocer cuáles son las publicaciones de mayor significación en las áreas respectivas, y tener acceso a ellas por los diversos medios de comunicación que hoy están a nuestra disposición.

Lo cual me lleva a pensar en la necesidad perentoria de una especialización de las bibliotecas y hemerotecas de nuestras universidades, de modo que exista entre ellas una eficiente coordinación y comunicación. No resulta posible que cada una pretenda agotar todos los temas con igual seriedad; pero sí que conozca dónde se puede encontrar lo que un investigador necesita en un momento dado.

Por último, y en *quinto lugar*, resulta indispensable hoy, para cualquier investigador serio, tener acceso directo a lo que se publica en *otros idiomas diferentes del español*. En primer lugar, en inglés, que se ha ido convirtiendo en este final del siglo XX en lo que fuera el latín en Europa, desde el Medioevo hasta bien entrado el siglo XVIII. La producción en español, aunque es cada vez más abundante, no resulta suficiente para quien pretende ejercer labores de investigación. Hay que dejar a un lado falsos nacionalismos provincianos, y abrirnos sin temor a las más diversas corrientes culturales, para que podamos mostrar dentro de ellas toda la fuerza que nuestras tradiciones y nuestra manera de mirar el mundo son capaces de aportar. No cabe olvidar que en Colombia hemos alimentado por tradición una mentalidad cerrada, que tiende a desconfiar o a sentirse insegura ante las ideas provenientes de otros espacios culturales. Las políticas contra la inmigración, así como el tradicionalismo católico, han dejado en nuestra historia una honda huella, y no por cierto positiva; y no le faltó razón al expresidente López cuando llamó a nuestro país el Tibet de Latinoamérica. Es cierto que en los últimos años hemos hecho avances notables buscando romper esta pesada herencia; pero todavía nos queda un largo camino por andar.

Otras muchas consideraciones se podrían hacer sobre el papel de las maestrías en la creación y consolidación de comunidades académicas. Pero creo que las presentadas hasta aquí tienen la importancia suficiente como para que merezcan ser subrayadas. Cada una de ellas podría llevarnos a sacar conclusiones muy concretas sobre la elaboración y la ejecución de los programas curriculares, sobre la infraestructura necesaria para la ejecución de los mismos, sobre el perfil, tanto de profesores como de alumnos y, en fin, sobre la manera más eficiente de invertir los recursos de modo que logren los objetivos que se proponen.

Mientras los postgrados no logren crear y consolidar esas comunidades de investigadores, todos nuestros esfuerzos por mejorar la calidad de los programas terminarán por estrellarse contra una dura realidad: la falta de mecanismos eficientes para crear y mantener un nivel académico capaz de competir en el ámbito internacional. En todas las universidades suele lucharse con denuedo para elevar y mantener un alto nivel académico entre profesores y estudiantes. Pero cuando se discute al respecto, la atención suele dirigirse sobre todo hacia mecanismos de control que castiguen a los infractores y obliguen a los remisos a despertar de su sopor. Estas medidas, aunque sin duda necesarias, suelen tener poca eficacia contra la inercia de las costumbres y el peso de las tradiciones.

A este propósito, siempre he creído que aquellos mecanismos que podríamos llamar “*controles ecológicos*”, pueden ser más eficientes que el uso de “*insecticidas*”. En otras palabras, que para elevar el nivel académico de una comunidad resulta más eficiente fomentar el número y la calidad de los “*pajarillos*”, que perseguir a muerte a los “*insectos*”. Esto es lo que hacen las universidades con mayor prestigio intelectual: promover incentivos y crear espacios de reconocimiento para quienes se destacan en sus labores, así como fomentar la publicación de los mejores productos de la investigación. Si nuestros postgrados se convierten en centros donde se aprende a conocer la producción intelectual del país, a criticarla de manera objetiva, a compararla con la producción internacional, a crear lazos de comunicación entre los investigadores y a producir conocimiento creo que iremos avanzando por el camino correcto y logrando los objetivos que estos programas se deben proponer. Estaremos sentando las pautas por las cuales nos podremos regir a la hora de examinar el nivel académico de nuestra producción intelectual.

Permítanme, por último, unas palabras sobre nuestras revistas especializadas, que deben ser como la sangre que irriga a la comunidad de los investigadores. Ellas son la muestra más fehaciente del nivel en que se halla la labor de investigación, así como el instrumento más efectivo para llevar adelante la necesaria controversia que esa investigación debe suscitar. De ahí la importancia que deben tener en el momento de conformar comunidades académicas.

Resulta necesario, entonces, que se adelante una política efectiva de publicaciones, de modo que se les otorgue apoyo y reconocimiento a aquellas revistas que son eficiente canal de comunicación para los investigadores. Un elemento decisivo lo constituyen los Comités editoriales, que deben ejercer su labor con objetividad y sin concesiones. En esto Colciencias ha venido trazando caminos que deben continuarse. Por otra parte, los trabajos de postgrado deberían tener la calidad necesaria como para convertirse en artículos de revistas especializadas. Pero resulta indispensable que las mismas estén disponibles en nuestras hemerotecas, puedan ser consultadas con facilidad y lleguen también a aquellas hemerotecas universitarias del mundo donde puedan ser de interés. Las universidades tienen que desempeñar en esto un papel definitivo. ¡Muchas gracias!